



campo era la hora del sol. Pero...domingo y por la mañana y para él y en casa y con la vista recién levantada de aquel libro que no era el de las cuentas...

-¿Cómo lo iba a saber?

Cómo iba yo a saber que ella, madre, si yo no le contaba; los domingos por la mañana, madre, lo que yo hacía era leer aquellos libros que me gustaban en voz alta y no contar que para qué contar. Cómo iba a saber madre que a ella aquellos libros le dolían.

-¿Te dolían, niña?

-Ya no me acuerdo, abuela; era muy niña.

Y dice que lo dijo muchas veces. Dice mi madre muerta hace ya tantos años que eso era siempre lo que siempre decía y, ella, mi madre, le decía "por qué tendrás ese maldito vicio de no recordar" y dice también que ella le contestaba mirándola con los ojos muy abiertos "¡no recordar, no recordar yo que tengo una memoria de elefante!".

-Pero te aseguro que es cierto, hijo; ella piensa de verdad que recuerda. No es mentir lo que pretende porque tú, tú y su madre, la educasteis en el nunca mentir y, ella, tan obediente...Pero lo tiene todo como guardado en un cajón revuelto. Su pasado y todos los pasados que pilla los va recogiendo...¿no ves que hasta del mío sin nunca haberme visto tiene trozos?... , lo mismo que esos viejos que han perdido la cabeza hacen rebuscando tesoros en las papeleras de todas las farolas.

-Sin embargo parece elegir siempre lo más insólito. Por lo que me dices saco la conclusión de que tiene una inexplicable tendencia a seleccionar lo menos útil, lo que no va a servirle para rescatar...

-Ni trata de rescatar ni le preocupa que todo su arsenal de retazos vaya a servir o no para construir un todo comprensible.

-¿Entonces?

-Mucha gente lo hace. Pero casi todos tienen la prudencia de callarse, de ocultarlo.

Y le contesté que tal vez no, que ella no podía saber, tan pequeña, qué es lo que otros callan cuando leen sin saber qué hora es.

-¿Ves, hijo, como no estamos yendo por el mismo camino?